

Nota: A principios del siglo XX, las escuelas, facultades y edificios administrativos de la Universidad estaban dispersos por la ciudad (el Colegio de San Ildefonso, del Antiguo Palacio de la Inquisición, el Templo de San Agustín y el Palacio de Minería), y ya se tenía un proyecto para que todo se integrara en un solo campus.

Fue así que en 1943, el gobierno Federal expropió el terreno donde actualmente se encuentra la Ciudad Universitaria, y para 1946 éste fue entregado a la Universidad. El 11 de septiembre de 1946, siendo rector Salvador Zubirán, se formó la Comisión de la Ciudad Universitaria, formada por representantes de la Universidad y del Gobierno quienes convocaron a un concurso arquitectónico cuyos proyectos fueron entregados en marzo del año siguiente.

Se designaron como directores del proyecto a los arquitectos Enrique del Moral, Mario Pani, Domingo García Ramos y Mauricio M. Campos, quienes, a su vez, se encargarían de designar al conjunto de arquitectos e ingenieros que participarían en la ejecución del mismo. Más de cien arquitectos e ingenieros de entre los más destacados del país se unieron a la obra como Luis Barragán, Carlos Lazo, Juan O’Gorman, Enrique Yáñez, Pedro Ramírez Vázquez, Enrique de la Mora y José Villagrán García y artistas como Diego Rivera y David Alfaro Siqueiros Rodrigo Arenas Betancourt José Chávez y otros más trabajaron el magno proyecto.

En esos años fungía como director de la Facultad de Ciencias, el Dr. Alberto Barajas Celis, quien junto con Carlos Graef Fernández, se unieron también con los arquitectos para planear las instalaciones de la futura Facultad de Ciencias.

Citamos aquí las palabras del Dr. Carlos Graef: “Ciudad Universitaria significó para nosotros un paraíso, un amplio panorama de desarrollo. Creo que, en parte, el número pequeño de alumnos que teníamos se debía a que estábamos acorralados en rinconitos prestados de la Facultad de Ingeniería. Al abrirse el espacio, como si hubiera horror al vacío, se nos llenó de estudiantes y tuvimos un auge inmediato.”

Al inaugurarse la Ciudad Universitaria, en 1954, la Facultad de Ciencias ocupó los edificios donde hoy se encuentra la Coordinación de Posgrado, justo en el centro del campus universitario.

Los institutos de investigación afines como los de Matemáticas y Física, estaban instalados en lo que hoy es la Torre II de Humanidades. En ese sitio permanecieron hasta 1977 en la que la Facultad y los institutos se trasladaron a sus instalaciones actuales, en la zona exterior de Ciudad Universitaria. Existe toda una historia alrededor cómo ocurrió este cambio. Baste adelantar que se realizó una huelga que duró meses y entre las demandas de la población de académicos y estudiantes estaba traer consigo la escultura del Prometeo-Quetzalcóatl.

Durante muchos años hemos sido cobijados por esta bella escultura, pero pocos saben su historia. Es por eso que rescatamos este artículo aparecido en la revista Ciencias número 96 de 2009 en la que se narra su concepción. Su creador, el escultor colombiano Rodrigo Arenas Betancourt (1919-1995), tuvo una vida muy interesante. Así que retomamos de diferentes fuentes varios artículos sobre su vida y obra. Prometemos continuar con este tema, por lo pronto iniciamos con el texto de César Carrillo.

César Carrillo T. El Prometeo Quetzalcoatl (2009). Revista Ciencias 94, abril-junio, 52-53. [En línea]

El texto: Arenas, el monumentalista que inmortalizó la montaña fue tomado de:

<https://www.lacoladerata.co/cultura/arenas-el-monumentalista-que-inmortalizo-la-montana/>



El Prometeo Quetzalcóatl

César Carrillo T.

cct@fciencias.unam.mx

Facultad de Ciencias, UNAM

Los mitos fascinan por su vitalidad, su capacidad de albergar elementos de diferentes épocas, culturas muy distintas, de recubrirse de actualidad al fusionarse con otros mitos, llenarse de sentido una y otra vez, perdurando a lo largo del tiempo, casi eternos. El mito de Prometeo es ilustrativo. Aliado incondicional de los humanos — se dice que él los moldeó con arcilla —, les proporcionó valiosos conocimientos — como construir una gran arca para salvarse del diluvio provocado por Zeus — y robó el fuego del Olimpo para ellos. Fue por eso que lo hicieron encadenar en el monte Cáucaso, adonde día con día llegaba una enorme águila que le devoraba las entrañas, las cuales se reestablecían durante la noche del ataque de la rapaz. Un castigo eterno para un ser inmortal.

El conocimiento científico ha sido asimilado al fuego por su acción civilizadora, por los beneficios que lleva a la humanidad, de ahí que Prometeo haya sido una figura rápidamente retomada como símbolo de la ciencia. México no es la excepción, sólo que aquí, tras la Revolución de 1910, tuvo lugar una hibridación de la mitología clásica con la mesoamericana como resultado de un intento por encontrar similitudes entre ambos panteones, entre las divinidades de cada continente, por dotar a las antiguas culturas del país de una filosofía similar a la griega.



La escultura El Prometeo Quetzalcóatl que se levantó frente a la Facultad de Ciencias cuando se construyó Ciudad Universitaria – actualmente en la explanada de la biblioteca – fue concebida en ese contexto. En la mitología mesoamericana, Quetzalcóatl es el benefactor de la humanidad, él roba los huesos que guardaba Mictlantecuhtli en el inframundo y con ellos crea a los humanos, a él deben sus conocimientos más necesarios, así como el mantenimiento de la agricultura ya que simboliza la tierra y el agua, y varios de sus héroes y gobernantes fueron identificados con esta deidad que alguna vez fue humano.

El escultor Rodrigo Arenas Betancourt, nacido en Colombia, pero instalado en México desde 1947, tuvo la idea de fusionar ambos mitos en una escultura. La serpiente de basalto que sostiene la figura humana de bronce simboliza a Quetzalcóatl, deidad telúrica, mientras, en lo alto, con un halo de estrellas, Prometeo resiste su tormento; el espejo de agua en donde se yergue la escultura de siete metros y medio de altura remata el conjunto. Así, agua, tierra y cielo simbolizan el cosmos, el entorno que sostiene la vida y que los humanos se afanan por entender, anhelan comprender, develan sus misterios, siempre inalcanzables. 🌀

